

La omnicidad que envuelve al mundo sea disipada por la gracia de Dios, sean levantadas esas nubes de ignominia que pretenden haceros presas de la nebulosa existencia que ahora vislumbraís, de todo cuanto por inesperado que os parezca, desde tiempo ha os fue manifestado, prevenido y advertido de muchas maneras por diversos conductos y os habéis negado a escuchar, habéis cerrado vuestros audífonos a la voz del Señor, de estos humildes Seres que como tantos otros seres encarnados de buena voluntad hicieron una y mil veces el llamado a la cordura, a la sensatez, al buen juicio que os daba las señales de que vuestro tiempo se acortaba, de que estabais llevando la situación, las actitudes, las acciones a extremos verdaderamente peligrosos, al cabo de lo tolerable aun considerando lo deleznable que es vuestra materia, aun tomando en cuenta la proclividad que tenéis a caer en los errores, a ser presa fácil de las tentaciones, a omitir una y otra vez lo conocido, lo experimentado, lo llevado a través de los siglos, de los lustreros, de cada situación por la que sois atravesando a lo largo de vuestra existencia tan temporaria como vosotros ni siquiera imagináis a veces y tan frágil que basta cualquier barrunto de tormenta o cualquier intimidación de la naturaleza para haceros temblar como la hoja del árbol a los leves batidos de los vientos, al más leve cambio en lo que consideraréis como vuestra integridad personal y tan amenazada en vuestros tiempos y es ahora justamente cuando una vez más de tantas otras cuando tembláis de similar manera, que tendéis de vuestros brazos en demanda de auxilio, que eleváis, aunque no en todos los casos, vuestra plegaria al cielo, que rogáis con toda la fuerza del espíritu porque amaine ya tanta desventura, porque mi Santo Padre se apiade de vosotros, de tanto sufrimiento y tanta angustia, porque es ahora también y justamente cuando por fin parecéis estar conscientes de vuestra pequeñez, de vuestra impotencia para lograr de cuanto considerabais que tenéis completamente dominado, que tenéis controlado como ese poderío que se ejerce con plena seguridad de poseerlo todo, de controlarlo todo y ya veis que no es así, estáis por el momento convencidos en tanto no amaine la tormenta, en tanto no os recuperéis de lo ocurrido, porque es tanta y así vuestra soberbia, que os aseguro que una vez controlado lo ocurrido volveréis a ostentáros poderosos, inclementes y llenos de esa falta de voluntad para atender a otros o para reparar de vuestros errores. Vosotros como sabéis, no tenéis excusa alguna para repetir una y mil veces los errores, para reiterar de lo que ya ha ocurrido, sino volver vuestras pupilas al Altísimo y Supremo Hacedor a quien le deberéis reconocer su gracia que os permite y sigue permitiendo el esparcir de su nombre, su palabra, aun cuando muchos ya no podrán ni siquiera compartirla.

MOISES

Desatad los cordones que os ujetan firmemente a la inercia, a esa abulia o hasta desesperanza conque soléis mirar lo que acontece, abandonad el diván de la cómoda indiferencia a través de la cual sólo miráis de cuanto os interesa, de lo que consideraréis que os atañe o afectar puede vuestros intereses, cuanto deseáis o cuanto lleváis a cabo cotidianamente, no es sólo el pequeño mundo vuestro el que conforma este planeta, no sois sólo vosotros y los vuestros los que interesan al Padre en sus proyectos, sólo sois parte de un conglomerado al cual pertenecéis y al cual os debéis en múltiples formas; tal como existen reglas para todo, tal como lo exigís en muchos casos, necesitáis también más que dirigirlos acatarlos y actuar no egoístamente, no sólo en función del ego propio, sino recordar en todo momento que cada acción conlleva sus efectos que deben ser bien encaminados con la meta de que sean útiles a otros, de que sean compartidos en sus beneficios y también en responsabilidades, de cuanto entonces se organiza mejor y vuestro mundo en vez de empequeñecerse se engrandece porque abarcat al como lo hace el Padre a un mundo entero en su propio corazón.

SAMUEL

La fuerza de mi Señor sea en la materia, llene así esos espacios, esos vacíos que van dejando las amarguras, que van devastando poco a poco esa energía que en otro tiempo fuera abundante, la fuerza de mi Señor es contundente, es única, cierta y verdadera, por ello es capaz de levantar, a alimentar de toda esa energía que tiende a desvanecerse, a diluirse con el paso de los lustreros y de las circunstancias que merman a veces despiadadamente de todo lo que habéis acumulado en voluntad, en deseo de vivir aun ante circunstancias tan adversas que hoy os rodean, mas ¿qué podéis temer cuando sabéis que el Padre os envuelve, cuando sabéis que es por su voluntad que sois presentes? El conoce bien vuestros caminos, los que necesitáis recorrer para poder volver a sus Divinos Brazos nuevamente, limpios ya de cuanto os hayáis llenado de fango en esos planos, de cuanto os hubiera en otro tiempo acobardado y sobre todo con la claridad no sólo en las pupilas sino en el espíritu que resplandeciente de alegría, decide ya